

A close-up photograph of a weathered marble sculpture. The top portion shows a woman's face with her eyes closed, looking downwards. Below the face, her hands are clasped together in a prayerful or distressed gesture. The marble is light-colored with some darker, possibly greenish, staining or patina, particularly around the edges and in the crevices of the hands and face.

**NO
TODO
SE VENDE**



Patricia Gómez Martín

NO TODO SE VENDE

NO TODO SE VENDE

Patricia Gómez Martín

«NO TE PREOCUPES POR LAS PERSONAS DE TU PASADO, HAY
UNA RAZÓN POR LA QUE NO LLEGARON A TU FUTURO.»

Paulo Coelho

«EL MAL NUNCA QUEDA SIN CASTIGO, PERO A VECES EL CASTI-
GO ES SECRETO.»

Agatha Christie

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, copiada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, óptico, reprográfico, de grabación o de fotocopia, o cualquier medio por aparecer, sin el permiso expreso, escrito y previo del editor.

Todos los derechos reservados.

Impreso en España. Printed in Spain

Título original: No todo se vende

Copyright © Librando Mundos
Calle Faisán, 28. Colmenarejo 28270. Madrid
Copyright © PATRICIA GÓMEZ MARTÍN

Primera edición: Abril 2016
Colección BLACK CAT para Librando Mundos

Diseño y maquetación: agencia autores
Diseño de portada: Lola mucho arte

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

DOMINGO 5 DE AGOSTO

CAPÍTULO 1

Cansancio. Me dominaba todo el cuerpo. Sentía pesadez en los parpados. Si no hubiese sido porque tenía la boca muy seca, porque estaba sudando y dolor en el cuello, debido a la mala postura que tenía en el sofá, podría haber seguido durmiendo tranquilamente.

Abrí los ojos mientras bostezaba a la vez que estiraba mi cuerpo. Un leve crujido de espaldas hizo que me encontrara un poco menos rígida. Miré a mí alrededor. Mi piso parecía una autentica leonera, nunca lo había visto tan desordenado. En un rincón abandonado estaba mi feo vestido de novia. Un noviazgo fugaz que terminó en un abandono en el altar. ¡Y menos mal que me marché!, ya que resultó que con el hombre con el que me iba a casar era un traficante de órganos, conducta provocada por un trauma de su infancia y que tras estar engañada en un mundo de fantasía y amor durante unos meses terminé secuestrada y mi vida corriendo un gran peligro.

Pero como dicen en mi tierra: «no hay mal que por bien no venga». En esos meses conseguí reforzar una gran amistad con Soledad, la camarera y propietaria de un cafetería preciosa, que me quiso prevenir, y no le hice caso, sobre la mala espina que le daba el que iba a ser mi prometido, Pedro, el mismo que terminó con una bala disparada por la policía atravesándole la cabeza.

Un ronquido me hizo girar la cabeza; sonreí con ternura. Marcos dormía a mi lado. Le debía mucho a ese hombre. Era mi amigo y mi confidente. Me había cuidado hasta el extremo de haberse convertido en mi escudo frente a un Pedro armado y fuera de sí. Marcos había terminado con su cara excesivamente amoratada y un ojo hinchado, el cual debía de dolerle bastante, además de un sinfín de golpes en todo el cuerpo. Él me transmitía paz, tranquilidad y seguridad. Habíamos tenido una *affaire* muy placentero la noche antes de mi no-boda. Esa noche me confesó que se estaba enamorando de mí y yo le di calabazas. Aún así, allí estaba, durmiendo a pierna suelta en mi sofá, para no dejarme sola después de una situación extrema.

Me levanté en busca de un vaso de agua vi que mi ramo de novia continuaba donde lo había dejado la noche anterior. Lo encontré en la puerta de la casa al volver después de todo lo ocurrido con una nota acusadora «Esto no va a quedar así», y lo tiré directamente al cubo de la basura. Y sí, sí iba a quedar así, o al menos eso era lo que yo esperaba. Una vez muerto, ¿qué me podía hacer?

El olor a flores inundaba la cocina. Había escogido rosas negras para el ramo. Dicen que ese color significa separación, tristeza, muerte nocturnidad, pero yo las elegí simplemente porque me gustaban. No quería ser tradicional y mucho menos premonitoria.

—¿Desayunamos? —me dijo Marcos de lejos.

—Más bien almorzamos: son las tres del mediodía.

—Quiero café, por muy tarde que sea, un plato de patatas fritas con huevos ahora mismo no me apetece —bromeó entrando en la habitación.

—Marchando.

Mientras preparaba la cafetera, Marcos se quedó mirando seriamente el cubo con el ramillete; lo sacó y me miró fijamente con sus ojos enrojecidos

—No sé por qué lo has tirado. —Lo cogió—. Dame una bolsa, se lo llevaré a mi amigo Ricardo Guzmán. Él es el policía que va a terminar de resolver el caso. Creo que es necesario que conozca el regalito que te han hecho.

—Creo que estás exagerando. Me lo dejó en la puerta quizás antes de morir —le dije mientras le daba lo que me pedía.

—Dime tus pasos de ayer desde que saliste de la iglesia —insistió con preocupación.

—Está bien, pero antes déjame preparar el *almueryuno*: el desayuno del medio día —me reí—. Necesito estar alimentada para poder pensar. ¿Quieres cereales, tostadas o galletas?

—Galletas.

Y con la mayor rapidez posible comencé a prepararlo todo. Con unas tazas humeantes, a pesar de las altas temperaturas, nos sentamos en la mesa del comedor.

—Empieza —me exigió.

—Vale. —Me metí una deliciosa *Tostarica* con urgencia en la boca y empecé a masticar—. A ver, por el principio. Salí disparada de la iglesia y fui caminando vestida de novia hasta la cafetería de Sole. —Le di un sorbo a mi café, pensativa—. Me extrañó enormemente que estuviera cerrada, ya que no la había visto entre los invitados a la boda. A ti tampoco te vi, pero bueno, ahora lo entiendo, te tenían retenido contra tu voluntad —de nuevo otro mordisco— y me vine para el piso, para cambiarme de ropa. Me dio un ataque de ansiedad en el rellano cuando vi que no tenía llaves. —Marcos asintió—. Por suerte me encontré con la cascarabias de Remedios, la vecina de aquí al lado, que a pesar de no aguantarnos mutuamente, me ayudó. Me quité el vestido en su casa, me puse una bata de flores de ella y salté de su balcón a mi balcón.

Marcos escupió su café. Se atragantó mientras bebía.

—¿Qué saltaste por el balcón? —Asentí—. Definitivamente estás loca.

—¿A parte de mancharme toda la mesa con tu baño de café, me insultas? —bromeé mientras secaba con una servilleta lo que se había derramado.

—Venga, anda, sigue; es importante

—Pues no me interrumpas, y no bebas más mientras hablo. —Reí—. Como iba diciendo, salté y entré por la venta-

na; me cambié de ropa me puse esta misma que llevo. Por cierto, necesito una ducha. —Me olí la camiseta con cara de asco—. Encendí mi móvil. Recibí un mensaje diciendo que tú me habías llamado diecisiete veces, Sole seis y Pedro cinco, minutos antes, una vez. Le mandé un mensaje a mi familia y llamé a Soledad de nuevo. No me contestó, así que le dejé un mensaje en el contestador diciéndole que no me había casado que me llamara. Salí a la calle, me encontré con los dos matones, tras forcejear con ellos, aparecí donde tú estabas.

—Es decir, que este ramo de flores no estaba ni cuando llegaste ni cuando te fuiste.

—Pues ahora que lo dices, no, no estaba.

—Lo que quiere decir, que lo pusieron ahí después de ser retenida. Así que, definitivamente, no pudo ser Pedro.

—Me estas acojonando. ¿En qué te basas para decir eso?

—A mí me quedó muy claro que Pedro nos iba a matar. Así que, tú no deberías de volver a tu piso y verlo. No pudo ser él.

—Y sus sombras estaban allí y fueron detenidas, así que tampoco.

—¿Entonces? —Estaba demasiado pensativo, mirando al infinito—. Debemos de hablar con la policía, contarle todos estos detalles —comenzó a recoger la mesa—. Por cierto, ¿no decías que te vas a dar una ducha? A mí me hace falta otra.

—Sí yo primero, por favor, lo necesito.

Marcos tenía una expresión rara en la cara, no podía decir ni que fuera enfado, ni decepción, ni nada. A lo mejor me estaba proponiendo una ducha, juntos, y me estaba dando cuenta tarde. Me tensé un momento; tenía que aclarar las ideas. Por supuesto que Marcos me atraía incluso estando sucio y malherido. Pero estaba reacia a perder un muy buen amigo por polvos esporádicos.

—Pues venga, no te entretengas que cuando salgas tú entro yo. ¿Mientras tanto me podrías dejar tu teléfono para llamar a comisaría? —Rocé con las puntas de mis dedos su

palma de la mano mientras se lo daba—. Necesito un móvil nuevo y, por lo que veo, tú también. —Me sonrió.

Sin pensarlo, me metí en la ducha. El agua caliente me sentó genial. Me enjaboné el pelo varias veces, muy a mi pesar, comprobé que el simple roce de la esponja me molestaba. No tardé mucho. Para sorpresa de Marcos, salí del baño liada en una toalla y con el pelo mojado.

—Todo tuyo; no tardo en vestirme.

—He llamado a comisaría: allí no están ni Ricardo ni Pablo Rosales. Están en el cementerio. Ya han subido el cuerpo de Noelia. La enterraran a las siete. Al parecer, al ser la mujer del policía, la autopsia y toda la documentación han sido preparadas a la velocidad de la luz. Yo voy a ir. ¿Te quieres venir? —Estaba compungido.

—Por supuesto.

Nos sonreímos con un poco de timidez. Me metí en mi habitación y cerré la puerta. Abrí el armario y saqué un vestido de tirantes de color negro con un poco de vuelo y unas sandalias cómodas. Mientras me vestía escuché a Marcos tatarrear en la ducha.

Al peinarme frente espejo, un brillo llamó mi atención. El anillo de compromiso que Pedro me había regalado en Roma seguía puesto en mi dedo anular izquierdo. Me lo quité y lo guardé en un joyero que tenía escondido debajo de la cama. Era el momento de olvidar. Era el momento de comenzar una nueva etapa en mi vida.

CAPÍTULO 2

Eran las seis de la tarde cuando Marcos y yo llegábamos al cementerio San José de Granada en su *Ford Focus* color blanco. El cielo estaba limpio de nubes; el sol quemaba toda la ciudad. Nos costó dar un par de vueltas para conseguir un aparcamiento. La necrópolis está situada en la Dehesa del Generalife y forma parte del paisaje de la Alhambra. Hay una leyenda que cuenta que surgió a raíz del Cementerio de las Barreras, ya que por 1805 asoló la ciudad un brote de fiebre amarilla. Pero independientemente de su historia, las vistas desde allí son increíbles: Sierra Nevada, Granada y toda su Vega te rodean.

Al entrar fuimos directos a la iglesia. La misa acababa de empezar. Nos sentamos en la última fila. Cuando terminó fuimos al interior del cementerio siguiendo la fila de personas que iban detrás del coche fúnebre. La gran mayoría vestidos con el traje oficial de la policía. Me fijé en algunos uniformes de los que había a mí alrededor, muchos de ellos llevaban colgados insignias y condecoraciones.

En nuestro recorrido paseamos por los jardines. A pesar de estar completamente rodeada de tumbas me encantaba observarlas y ver con detalle la majestuosidad de sus piedras talladas. Hacía un año aproximadamente había asistido a una ruta turística de las que organizan con frecuencia. Aquella tarde recordé todas las explicaciones que daba el guía, así como algunos de nombre de la gente relevante de

la ciudad que estaba enterrada allí y los detalles que las grandes esculturas funerarias que protegen sus cuerpos.

Llegamos al final de nuestro trayecto. Vi tristeza en la cara de Marcos cuando él miró a su amigo Ricardo parado delante del hueco frío y oscuro que iba a ser la vivienda eterna de su esposa. Junto a él se encontraba su inseparable Pablo Rosales. Dos compañeros de trabajo, dos amigos que eran casi dos hermanos, enamorados de la misma mujer, uno de ellos en secreto, llorando abrazados viendo cómo el ataúd de Noelia entraba en su nicho.

Terminó todo el ritual. La gente comenzó a despedirse y a dispersarse. Marcos se acercó a Ricardo y lo abrazó mientras el hombre lloraba desconsoladamente.

—Tranquilo —le dijo—. Cuenta conmigo para lo que necesites.

—¿Y ahora qué voy a hacer yo?

—Seguir luchando, tenemos muchas cosas que resolver aún.

El hombre respiraba con dificultad. Comenzamos a caminar en dirección a la salida. Me retrasé e iba unos metros por detrás de ellos. Quería darle la intimidad que se merecían. En nuestro camino de vuelta volví a fijarme en todos los detalles de las esculturas funerarias. Acompañada por los cipreses, vi, clavado en una cruz de mármol blanco, a un Cristo de tamaño humano real. En otro extremo, una columna rodeada por una gruesa cadena de hierro en la que colgaban cuatro calaveras; grandes cruces descansaban sobre gruesas losas de piedra a mí alrededor. Comencé a caminar lentamente, sin darme cuenta, ensimismada en mis observaciones. Dejé de escuchar cómo Marcos intentaba torpemente animar a Ricardo Guzmán. Me llevaban bastante ventaja. Un silbido detrás de mí hizo que me girase. De repente algo me llamó la atención.

Una pequeña caja de color roja, y una rosa negra, estaban situados encima de una tumba. Tallada en mármol blanco, se veía a una dulce doncella muerta que descansa tendida sobre un manto de jazmines de piedra. Extrañada, me acerqué un poco más a mi descubrimiento. Me fijé en

la fecha que había inscrita: 1881. Fijándome en los rasgos de la estatua, parecía que la mujer estaba más dormida que muerta. Seguía siendo reacia a coger la caja, así que miré de un lado para otro. No había nadie a mí alrededor. Busqué con la mirada a Marcos; estaba lejos, no se había dado cuenta que me había quedado tan retrasada.

Alguien me había llamado, pero no veía a nadie. Un silencio absoluto me envolvía. Esa caja de color roja era para mí. Estaba segura. La rosa negra lo confirmaba. Muy despacio, acerqué mi mano a la cajita. No la cogí, solo quería destaparla para ver su interior. Mis dedos temblaban. La tapa cedió con facilidad. Una nota impresa decía: «LA NOVIA MUERTA DEBERÍAS DE SER TÚ». Aguanté la respiración mientras notaba cómo los latidos de mi corazón se aceleraban. Debajo del folio había algo que estaba manchándolo en tonos oscuros.

En un último ataque de valentía lo levanté por una esquina. Un chillido ensordecedor salió de mi cuerpo. De los árboles comenzaron a salir cientos de pájaros buscando un nuevo refugio. No podía creerlo. Allí estaba. Me estaba mirando. Dentro estaba uno de los ojos de Pedro. Era de él, seguro. Su color característico, un gris aceitunado, que durante meses atrás me había fascinado, ahora me estaba atormentando.

Sin darme cuenta Marcos llegó a mi lado, seguido por Pablo y Ricardo. No me preguntó que me pasaba. Tenía mi vista fija en lo que me había encontrado. Se acercó lentamente; lo entendió todo. Cuando me miró fijamente, estaba pálido. Me abrazó.

—No te preocupes, estoy contigo —me susurró.

Vi cómo Ricardo y Marcos estudiaban la caja roja sin tocarla. Guzmán puso en alerta a todos los policías que había allí: había que bloquear las entradas y salidas del cementerio. Exigió a sus compañeros todos los datos personales de todas las personas que estaban allí. Le daba igual que estuvieran de visita, de paseo, de ruta turística o trabajando. Por último, cogió su teléfono móvil y llamó a comisaría. Con cara de preocupación se acercó a mí y me dijo: